

Aprovechando que el Pisuerga

Fernando del Val Sanz

Primer Accésit



ANTES. No mediaba el mes de julio. Hacía frío. Quedaban soledades y mucha sangre de Caín. Leonor había muerto. Cerúlea, empachada de cielo. Como procedía entre letraheridos. No muy lejos del cortejo, hasta los harapos esparcidos a orillas del Duero dejaban al Pisuerga como un riachuelo celoso. Paternalista con la Esgueva, cada vez más en los huesos, pero don nadie por vocación. La vida en la villa iba ligada a la del mayor de sus ríos.

Los cantos de amor, siempre dirigidos a otro, se convertían en guirnaldas civiles que miraba con desdén. En la ribera, los chopos bebían desgranados y, desafiantes, hacía su proclama: "Preferiríamos otra agua, la del Júcar, la del Miño, ¡qué bien debe de saber el Guadalquivir!, mismamente el cercano Duero". A cada afirmación seguía un suspiro. El Pisuerga, resacoso de sí y harto de ingratitud, respondió: "Sólo queréis oropeles, *flashazos*, entradas en los libros de Historia y Geografía". Aunque normalmente flemático, en los peores momentos amenazaba: "Como un día me dé por robar todos los rayos de sol como Prometeo el fuego sagrado, me secaré. Y, de paso, moriréis todos". Los árboles no le creían capaz: "Eres un Río de chicha y nabo". "Si no os gusta, haceos cactus o pinar. Prescindid de mí". Ningún árbol, ornamental o no, quería ser pino. El pino era vulgar, adulto, socio, sin estrella. No la tenía ni en Navidad. Su hoja perenne era caduca.

El Pisuerga, pues, ninguneado, desplegaba a los cinco, a los seis vientos sus casi trescientos kilómetros y se permitía recordar a los chopos en quién desembocaba, a quien nutría: de qué sustancia estaba formado el río que tanto envidiaban. Aprovechó las páginas de un diario local para enseñar los dientes: "Si aquí no se me quiere me iré". Parecía un jugador de fútbol concediendo una entrevista que le sirviera para negociar a la alta. "Quizás al sur. No hay nada más satisfactorio para un río que morir en el mar". En cambio, al final de su curso, se abandonaba a los brazos de un Duero altivo, orgulloso de los poetas que le cantaron. Igual que Castilla. Pero ¿y qué? Porque la poesía... ¿para qué sirve? ¿Atrae industria?, ¿turismo?, ¿desarrollo? Ante tanta incompreensión, el río empezó a dejar de cobijar agua dulce y pasó a agriarse al ritmo que marcaba su carácter. Por lo demás, hacía frío. Las gentes llevaban dos meses sin ver el sol. Soplaba el viento y no había visos de que nada fuera a cambiar.

DURANTE. Leonor seguía muerta. Hacía mucho calor. Se frotó los ojos. Desde la ventana la fotografía parecía irreal: la ciudad había despertado sin uno de sus ríos. Por si fuera poco, con el habían desaparecido: los peces, los carros de la compra arrojados en el fondo, las pesqueras, los mensajes en botella de los naufragos. Las aguas residuales formaban charcos pestilentes y lagunosos en mitad de ninguna parte. Las ratas aprovecharon para salir de la novela de Delibes.

Curioso drenaje. Ni la cuenca quedaba. ¿Habría cumplido el Pisuerga su amenaza de tantos años? ¿Habría cambiado de aires como un inmigrante más? ¿Se habría secado?, ¿habría huido? Nada quedaba excepto los puentes. Encaramados, colgantes, claveteados. Trazados, eso sí, sin

función. Ahí estaba, por ejemplo el Puente Mayor, haciéndose el sueco como un desclasado venido a más. Con el río expatriado, ahora el protagonista era él: en una vitrina gigante, al comienzo del barrio de la Victoria. Sus sillares parecían una sucesión de arcos de triunfo, de monumentos abrazados por los hombros y esparcidos en una gran avenida sin asfaltar.

El borratajo azul compró el periódico. No recogía la noticia porque los diarios cierran temprano la edición. ¿Cuándo habría sucedido el desastre? Tenía que poner pronto la radio. Desde la ventana, vio a un par de periodistas tomando notas en la playa. De repente, como una reacción de la naturaleza, comenzó a llover. Las gotas parecían haber sobrevenido con el único afán de llenar el hueco que la desaparición del Pisuerga había dejado. Pero, entre las gotas, caían pentagramas, barras de labios, relojes de pulsera, alguna que otra idea suelta, sin arnés. La fantasía estaba campando por sus fueros. Había llegado la hora de la ciencia ficción. En un acto de desobediencia, una bandera que colgaba de un balcón institucional, lanzó el reto a todas las demás. Formó dos bandos con los colores y el portavoz del amarillo le soltó al rojo: "¿Hacemos naranja?". La proposición no sonaba indecente: lo era. No hubo bandera nacional de otro color que el naranja. Y todas sin escudo, que fue expulsado de la tela. La calle Santiago parecía cualquier cosa: poblada, sobre todo, de colores variopintos, objetos sin patentar y bichos raros. Es el caso de un mandril que fornicaba con el aire subido a una farola, empujando su pelvis contra la nada. Las contracciones no disuadían su rostro serio. Como si estuviera firmando unas escrituras o un pacto de Estado durante el ayuntamiento. Los animales viven de forma muy desprejuiciada la sexualidad –y la vida en general: los buitres del Pisuerga bailaban rock and roll en la plaza del pueblo-.

Raíces cuadradas con forma de círculo, raíces cuadradas con letra be, raíces convertidas en brotes verdes en la punta de las ramas de los árboles. Todo acontecía al revés. ¿Qué goytisola mano estaría detrás del embrollo? Por lo visto, la situación no afectaba únicamente a nuestra ciudad: en el informativo se advertía de que el agua se iba extinguiendo en muchos puntos del planeta. Parecía un truco. ¿Pero, cómo meter un lago, un río o parte de un mar en la chistera de un mago? Los osos polares, ya no tenían focas ni morsas que llevarse a la boca, se pusieron a dieta. Tomaban pastillas y, eso sí, en vez de peces devoraban pezones. El teléfono rojo ya no conectaba capitales importantes, sólo servía para hacer llamadas a números restringidos, en los que el porno se vendía a peso. La concupiscencia y el desenfreno habían triunfado. Cada vez los atajos se hacían más largos. Y los rodeos se convertían en líneas rectas. El paseo de Isabel la Católica era una carrera de obstáculos, curvas y sacos terreros.

DESPUÉS. Más allá de los límites, todo es espejismo. El Conde Ansúrez, fundador de la ciudad, caminaba con gesto preocupado por dondequiera que paseara. Transcurrían las décadas y nadie conocía el paradero del Pisuerga. Las buenas lenguas estaban seguras de que se secó de súbito y no había ventanilla de reclamación a la que apelar. Pero no era sólo eso. La ciudad llevaba demasiado tiempo sin ser la misma. El mundo entero había cambiado. Al señor Ansúrez los demás le daban igual. Pero sentía la responsabilidad de liderar la vuelta al pasado. Para recuperar las esencias, y siguiendo la consigna del poeta, "país, que fue será", tuvo la ocurrencia de organizar un certamen de valladolides. Más a la medida, imposible. La intención era sacar los arrestos identitarios de sus conciudadanos. Había que volver a poner en pie San Pablo, La Antigua, hasta el muro de la vía del tren. Para ganar la prueba, también sería necesario repoblar esa zona céntrica y desértica en la que un día estuvo el Campo Grande. Como persona adinerada, el conde tenía escondidos en el subsuelo varios depósitos de agua. Si bien un muchos, suficientes para un pequeño estanque. Congregó a la multitud y se dirigió a ella: "Teneis que colaborar. A ver si me va a pasar como a Chaplin, que se presentó a un concurso de charlots y quedó el segundo".

Una de las visitas más excelsas a la ciudad llegó de la mano del brazo del de Lepanto: quería reencontrarse con su antiguo propietario. Cuando llegó a Miguel Íscar, la calle le transportó como una máquina del tiempo. Quedaba parte del jardín y de la fachada, pero no encontró el resto de su cuerpo hasta que un jubilado le indicó que fuera a la Plaza de la Universidad. Donde vivió Cervantes ahora descansan pared con pared un museo de energía nuclear y un centro de producción de agua no salina. Esta agua especial se consigue a partir

de una mezcla de pretóleos no refinados. Dentro, los obreros trabajan sin horario. Y Rosa Chacel les leía desde la puerta fragmentos de *El Capital*.

El siglo veintidós empezó con un estruendo animal, un grito atávico. Fue clave que la red se rebelara contra los humanos como Hal 9.000 para que ordenasen la desconexión total de Internet. Dejada la civilización en manos de la tecnología, en sus copias y discos de seguridad, se perdió el registro de todo hecho. Volvió la tradición oral. Al final del final está el principio.

Valladolid limita al norte con Pedro Ansúrez y al sur con el poeta José Zorrilla. Miguel Delibes sabía lo que decía. Los personajes históricos se diferenciaban de las personas en la vestimenta. Poca gente tenía ropa de abrigo en el armario. Salvo la tallada en piedra por un mismo patrón antiquísimo. Zorrilla, por ejemplo. Lo que se solía llevar es la manga corta. Los más formales vestían corbata junto a su bañador y sandalias. La estandarización de la moda había sido un tsunami que a la fuerza ahorcaba. Todo eran imágenes descompuestas. Sinestésias haciendo aeróbic, solecismos montando a caballo –una escena que recordaba la de las ratas cabalgadas del *Jardín de las Delicias*-, etcétera. La noche antes de la escenificación del antiguo Valladolid duró más que de costumbre. La razón es que, por primera vez, los sobrevivientes se habían puesto de acuerdo; no querían despertar. Y cuando los anhelos son intensamente deseados no tienen más remedio que cumplirse. Todo el mundo se acostó con la idea de un dormir profundo como el de Blancanieves. Cada persona y cada árbol sublevado se sentían responsables de la situación. La memoria es la caja negra de nuestras vidas. No podemos escapar a ella. Y a la gente le venía a la mente aquello de Murphy: todo es susceptible de empeorar. La marcha militar de los segunderos discurrió a cámara lenta. En un minuto, en vez de haber sesenta segundos habían treinta. Pero finalmente, con retraso y todo, amaneció. Formaba parte del acto de justicia poética. En aquel momento, la cuadratura del círculo no era ningún reto para nadie. De hecho, había polígonos industriales enteros dedicados a esta actividad.

EPÍLOGO EPÍGONO. Era por la mañana. No había ninguna nube. Tampoco rastro del sol. Una delgada y vaporosa claridad provenía de nadie sabía dónde, dejando entrever en sus ojos las venas inyectadas del amanecer. El Pisuerga, desde su exilio, se encogió los hombros. Hacía frío. La gente, que en seguida se hace a la última hora, no recordaba lo que era aterirse. El cielo rebosaba soledad y sangre de Caín. En cualquier momento alguien habría vuelto a morir cerúleo, empachado de cielo; esta vez, abandonado en alguna esquina. Los harapos cubrían ahora toda la arena del desierto. Con este panorama sobre el puente, un ojo legañoso del Mayor se acababa de abrir. Todavía quedaban en él rastros del sueño de la noche pasada. Recordaba aquellas palabras: "No hay nada mejor para un río que morir en el mar". ¿Y qué es un puente sin nadie que lo cruce por arriba y por abajo? La humanidad jugaba sus últimas cartas. Las larvas cruzaban por el paso de cebra. "La vida es una enorme noche", musitó aún medio dormido. "No, la vida es una enorme legaña", le reconvino una voz a lo lejos. Hacía años que no se construían puentes. La cuenta atrás para la extinción había comenzado.

El arte de componer una cantata

María Azucena Álvarez García

Segundo Accésit



— **EXCELENCIA**, excelencia, ahora mismo no puedo recibiros...

—¿Qué no? –preguntó desafiante- ¿y eso quién lo dice? ¡apartáos! ¡dejadme pasar! ¿cómo osáis interponeros en mi camino?, y le arreó, a ese obstáculo en persona, un bastonazo en la cabeza. El hombre, que no se atrevió a quejarse, escoltó en silencio al conde mientras atravesaban el patio, al tiempo que se acariciaba discretamente la zona dolorida.

¡No necesito que me anuncies! ¡Largo de aquí! –y blandió de nuevo su bastón, amenazante y dispuesto a un segundo golpe- Maese Pérez, el organista –saludó al conde de Floridablanca al entrar en el estudio- ese criado vuestro es un torpe y un inútil...

—No es mi criado excelencia, es mi hermano Bartolomé –contestó el músico.

—Razón de más para que sea un inútil... ¿Dónde os escondéis?, Maese, que no os veo? –y de un golpe de bastón tiró al suelo los documentos y legajos colocados ordenadamente sobre una mesa.

Un alumno, que en ese momento recibía su lección de música, hizo ademán de levantarse del pupitre, pero el maestro se lo impidió, posando cariñosamente una mano sobre su hombro. "Está bien", pareció decirle con la mirada y el niño comprendió perfectamente el mensaje, porque volvió a sus tareas como tal cosa.

Excelencia, llegáis con el viento – comentó el organista, mientras se agachaba para recoger los restos de la aireada tormenta ocasionada por el conde.

—¿Qué viento? – preguntó el noble, ajeno a la ironía de su interlocutor.

—El viento del norte –explicó el músico y su alumno dejó escapar una risita nerviosa- Con gusto os atendería en cualquier otro momento, excelencia, pero ahora mismo, como veis, estoy en mitad de una clase...

—Puede esperar –interrumpió el conde, mientras levantaba su mano derecha, como si pretendiera con este gesto tan simple detener el curso de los acontecimientos- en cambio, yo no puedo, o mejor dicho... ¡No quiero! ¡Ya he esperado bastante! ¡Un año, doce meses! ¡Es hora de recoger mis frutos! De ver terminada la obra, en una palabra...

—"En cinco palabras" –pensó el chiquillo, en ese momento más aplicado a la discusión que a la lección de música.

—La capilla de Nuestra Señora del Monte lleva cerrada un año, ¡Un año! –repitió- Y yo no he levantado una iglesia para mantenerla cerrada por culpa de vuestra holgazanería, Maese Pérez. Entregué los planos de la capilla el mismo día que os hice el encargo a vos. ¡El mismo día! Los canteros y ebanistas cumplieron su plazo sin demora. En cambio, vos no habéis concluido la obra que os solicité. ¿Cuál es la razón de vuestro retraso? Me niego a pensar que es falta de talento...

—Sois muy amable al descartar esa última opción, excelencia –y el músico, agradecido, sonrió.

—¿Y bien? Sigo esperando una justificación convincente para vuestro retraso...

—No he tenido ocasión, señor conde.

¿Qué no habéis tenido ocasión? –y su tono de voz se hizo más agudo- ¿Qué no habéis tenido tiempo, a eso os referís? ¿Conocéis, maese Pérez, la cancioncilla que repite el vulgo? ¿Eso de "tiempo tuvisteis, no culpéis al tiempo, sino a vos que lo perdisteis"? –en ese instante, el alumno levantó la vista de su libro y se quedó mirando al conde fijamente- ¿Acaso está la lección escrita en mi cara y sobre mi persona? ¡Estudid, estudiad el texto que tenéis sobre la mesa y dejad de entrometeros en lo que no os conviene! Vos diréis lo que queráis, señor organista, pero ese pillo, ése –decía mientras lo señalaba acusador con el taco de su bastón de plata- tiene más pinta de ladronzuelo de mercado que de músico... Así que, no habéis tenido ocasión –repitió en un intento de retomar la discusión en el punto donde la habían dejado- ¿Necesitáis más dinero?

—No, muchas gracias excelencia, habéis sido muy generoso con mi salario...

—¡Bah, tonterías, puedo permitírmelo! –exclamó ebrio de presunción- lo que no puedo permitirme es un retraso más. Sabed que venir a veros supuso posponer un viaje urgentísimo a la corte, a Valladolid, donde me espera su majestad el rey para tratar asuntos de vital importancia.

—Partid tranquilo, excelencia, no interrumpáis los planes de su majestad ni los vuestros por una cuestión menor.

—¿Cuestión menor? ¡He contratado los servicios del mayor y mejor organista del Reino para que compusiera la mayor y mejor cantata religiosa de todos los siglos! Eso no es una cuestión menor es casi... una cuestión de estado...

—Agradezco las amables palabras que tenéis hacia mi obra y mi persona y os ruego, señor conde, que tengáis a bien concederme un par de semanas más para concluir la pieza.

—¿Concluir? ¿Significa eso que ya la habéis empezado? –y esbozó una sonrisa de satisfacción- ¿Me prometéis, entonces, maese Pérez, que a mi vuelta de Valladolid encontraré la cantata terminada y lista para ensayar?

—Os lo prometo, excelencia.

—Bien, bien... –se felicitó el conde- entonces, no hay más que hablar. Me pondré en marcha hacia Valladolid inmediatamente –anunció en forma de despedida- a propósito, ¿queréis algo de la corte?

—Abusando de vuestra generosidad, señor conde, y puesto que os ofrecéis y me ofrecéis esta posibilidad, me gustaría haceros una petición.

—Adelante, pedid lo que sea... Que sea razonable, naturalmente... –se corrigió.

—Naturalmente, excelencia –e hizo una pausa para provocar interés en el conde- ¿podrías

traerme de Valladolid, tintero, pluma y papel?

—¿Tintero, pluma y papel? ¿Sólo eso? —permaneció pensativo unos segundos- ¿de alguna clase especial? —añadió.

—Sólo eso. Y no, de ninguna clase en especial. Lo dejo a vuestra elección, excelencia.

—Regresaré dentro de dos semanas, a lo sumo tres. Traeré conmigo tintero, pluma y papel, como me habéis encargado y a cambio espero recibir la anhelada cantata.

—Así será. Tenéis mi palabra de honor -y el organista, acompañándolo hasta la puerta del estudio, lo despidió con una reverencia. Cuando en conde se fue, maese Pérez suspiró profundamente, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Maestro ¿puedo haceros una pregunta?

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué no le habéis entregado al conde la cantata que terminasteis hace 6 meses?

—Por un sueño. El sueño de mantener abierta esta escuela, de formar discípulos con tanto talento como vos, Diego; por el arte, en suma y por Nuestra Señora del Monte, que sí la merece.

—Maestro, me asalta una última duda... ¿puedo preguntaros...?

—Está bien —interrumpió el organista- si es la última...

—¿Le entregaréis la cantata cuando vuelva de Valladolid?

—Sí, le ha dado mi palabra y, además, para entonces ya la habrá merecido... Habrá aprendido algo importante: el valor de la paciencia y la humildad. Y ahora, Diego, satisfechas vuestras dudas, me toca a mí preguntaros la lección..

—Sí, maestro...

© Los Autores y La Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid